

MATERIALISMO CRISTIANO. AUDACIA Y LICITUD

MARÍA SOCORRO FERNÁNDEZ-GARCÍA

Universidad de Burgos

Introducción

El texto de san Josemaría que vamos a comentar y que sirve de base para este pequeño trabajo está recogido en la famosa y paradigmática *Homilía del campus*, que pronunció en Pamplona en 1967, publicada bajo el título *Amar al mundo apasionadamente*¹. El texto es el siguiente:

«El auténtico sentido cristiano –que profesa la resurrección de toda carne– se enfrentó siempre, como es lógico, con la *desencarnación*, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un *materialismo cristiano*, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»².

Ya se han destacado en importantes trabajos que el estilo de Josemaría Escrivá es de un gran valor³; su uso del lenguaje, el empleo de los vocablos, giros y expresiones están siempre al servicio del contenido, del mensaje que quiere transmitir; mensaje, que como ocurre con los clásicos y como señala Cornelio Fabro, aunque en algunas ideas o expresiones pueda parecer innovador y audaz, nunca es abstruso; esa capacidad de saber hablar para todos y para siempre, que es una señal clara de que lo que ahí se trata tiene que ver con el carácter perenne de lo verdadero⁴.

1. Citamos esta homilía tomada del libro JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid. Citaré siguiendo los números.

2. ÍD., Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, n. 115.

3. Cfr. IBÁÑEZ LANGLOIS, J.M., *Josemaría Escrivá como escritor*, Rialp, Madrid 2002; VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983, pp. 411-414; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, en *Obras Completas I/1*, edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, Madrid 2002, pp. 153-166; FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, Rialp, Madrid 2002, pp. 59-62.

4. Cfr. FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, cit., pp. 61-62.

En la medida que se van conociendo sus escritos, se destaca que san Josemaría no habla como un teólogo que fruto de una especulación argumenta sus propuestas (aunque en sus escritos hay una profunda teología), sino que, por el contrario, transmite algo que tiene la fuerza de ser una misión recibida; misión que tiene una fecha: 2 de octubre de 1928.

El concepto de *materialismo cristiano* que propone en esta homilía señala algo que es totalmente nuclear en su mensaje, aunque estos términos no aparecen en *Camino*, ni en las otras homilías⁵. Esclarecer el auténtico sentido de lo cristiano nos conduce a restituir al materialismo su apertura al espíritu. Esto justifica hablar de audacia y de licitud del mensaje. Audacia y licitud. ¿Cuáles son las condiciones de licitud para hablar de un materialismo cristiano?, ¿qué entiende san Josemaría por materialismo cristiano?, y en segundo lugar ¿por qué este materialismo se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu?, ¿dónde está la clave de la audacia? Éstas son las cuestiones que se tratarán en estas páginas. Para ello debemos profundizar sobre lo que entiende san Josemaría por el sentido auténtico de lo cristiano y en qué medida el materialismo cristiano expresa el modo de estar en el mundo.

El sentido auténtico de lo cristiano

San Josemaría propone con fuerza un sentido auténtico de lo que sea ser cristiano, precisamente porque hay otros sentidos, que, por distintas razones históricas sociales, culturales, que no es del caso analizar aquí, han desvirtuado lo verdaderamente esencial de lo que sea la existencia cristiana. Recordamos como san Josemaría denuncia los errores a los que conduce el querer «presentar la existencia cristiana como algo solamente *espiritual* –espiritualista, quiero decir– propio de gentes *puras*, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí»⁶.

El mensaje del 2 de octubre está encaminado precisamente a recordar a hombres y mujeres de las más variadas condiciones lo que es verdaderamente ser cristiano y actuar en consecuencia. La verdadera condición del cristiano, que une en sí lo sagrado y lo profano como dos realidades integradas, no yuxtapuestas es parte de ese mensaje novedoso que Escrivá ha recibido.

5. Cfr. *ibíd.*, p. 65, nota 35.

6. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 113.

La vida ordinaria es el lugar de vuestra existencia cristiana⁷. Es lo cotidiano, el lugar donde el cristiano desarrolla su vida como cristiano y como hombre; esto es así, porque entre ser hombre y hombre cristiano no puede haber una superposición de planos sino una integración de realidades que se actualizan en el hacer. Del mismo modo que el espíritu informa la materia haciendo que todo en el hombre sea humano, el cristianismo debe informar la humanidad haciendo que todos los momentos de la jornada sean ocasiones de encuentro con Cristo⁸.

La noción de secularidad como elemento configurador del ser cristiano⁹, su carácter teológico, sin el cual no se puede llegar a comprender adecuadamente lo que es el hombre bautizado, es la propuesta de Escrivá en el concepto de «lo auténticamente cristiano». Recordamos un texto que expresa muy bien esto: «... los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas, en las que nos coloca Dios para santificarlas, para impregnarlas de nuestra fe bendita, la única que trae verdadera paz, alegría auténtica a las almas y a los distintos ambientes. Ésta ha sido mi predicación constante desde 1928: urge cristianizar la sociedad; llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma, todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano»¹⁰.

No se pueden entender estas palabras sin una adecuada comprensión de la antropología y de la metafísica de la creación y del trabajo. La frase del Génesis «Dios creó el mundo y vio que era bueno», junto con «Dios creó al hombre para que trabajara» y la gran clave antropológica, que es una constante del magisterio de Juan Pablo II, «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado»¹¹; éstas son las tres coordenadas que nos permiten comprender lo que es ser auténticamente cristiano y la tarea que compete al cristiano en el mundo.

7. Cfr. *ibíd.*

8. Cfr. *ibíd.*

9. Cfr. ARANDA, A., «Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado», en *La grandezza della vita quotidiana. Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo* (vol. I), Università della Santa Croce, Roma 2002, pp. 178-183; ILLANES, J.L., «Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei», en RODRÍGUEZ, P., OCÁRIZ, F. e ILLANES, J.L., *El Opus Dei en la Iglesia: introducción eclesiológica a la vida y al apostolado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, pp. 199-300.

10. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, cit., n. 210.

11. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 22.

La bondad ontológica del mundo como *creatura* de Dios, hace que sea posible encontrar la huella de Dios en las cosas. Tiene un gran fundamento metafísico lo que san Josemaría expresa: «Hay un *algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir»¹². Este encontrar la huella de Dios se convierte en llamada para el bautizado. Dios convoca al hombre, «nos espera», dice el santo. El mundo se presenta entonces como tarea, como misión para el bautizado.

Porque en la realidad está presente la huella de Dios, «materializar la vida espiritual»¹³ es un don y una tarea. Es algo que ya está dado, pero que toca a cada uno desbrozar, descubrir e integrar en el conjunto de la existencia. «Hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»¹⁴.

Materialismo cristiano como modo de estar en el mundo

Las palabras de san Josemaría ayudan a centrar esta cuestión. «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo»¹⁵.

Llevar a cabo esta búsqueda de Dios en lo cotidiano tiene su lugar natural en el trabajo. Se traduce en hacer con perfección el trabajo, en meter a Cristo en las ocupaciones diarias. En servir a Dios y a los hombres a través de la tarea que nos ocupa en cada momento. Santificar el trabajo, santificarse con el trabajo, santificar a los demás con el trabajo¹⁶; es la propuesta práctica de esta realidad teológica y antropológica¹⁷.

12. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 114.

13. *Ibíd.* En esta frase el autor quería evitar la tentación de llevar como una doble vida: de una parte, la vida interior y de otra, separada y distinta, la vida profesional, etc. Conviene tener presente que la santidad consiste en alcanzar la unidad de vida, que es la propuesta de san Josemaría.

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*

16. *ÍD.*, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 45.

17. Sobre estas cuestiones son obligada referencia los trabajos de RODRÍGUEZ, P., *Vocación, trabajo, contemplación*, EUNSA, Pamplona 1986; ILLANES, J.L., *La Santificación del tra-*

Este sentido del trabajo hace que el *materialismo cristiano* que propone san Josemaría se oponga frontalmente a esos otros materialismos cerrados al espíritu que se han centrado en una inadecuada comprensión del trabajo humano.

Es relevante recordar aquí el análisis que hace Juan Pablo II al respecto, en su Encíclica *Laborem exercens*. A la luz de esta Encíclica se pone de manifiesto la profundidad del mensaje de san Josemaría.

Para Juan Pablo II, en el comienzo mismo del trabajo humano se encuentra el misterio de la creación¹⁸. Encontramos en san Josemaría esta misma idea:

«El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad en la que se vive y al progreso de toda la humanidad.

Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: *Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra* (Gn 1, 28). Porque además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo en el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora»¹⁹.

Se encuentran en este texto todos los elementos que permiten hablar de materialismo cristiano: la relación del hombre con lo creado como relación de dominio, de colaboración participativa, y como fuente de propia perfección. La capacidad de contribuir con la propia actividad al sustento propio y la mejora social. Además, la identificación con Cristo trabajador hace que la dimensión antropológica del trabajo adquiera una perspectiva de otro orden: realidad redimida y redentora; trabajo santificable y santificador. Es el núcleo que articula la inmersión de la trascendencia en la inmanencia o, mejor dicho, la asunción de la inmanencia por la trascendencia.

Juan Pablo II señala que el trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas, cuya actividad, relacionada con el mantenimiento de la vida, no puede llamarse trabajo; sola-

bajo. *El trabajo en la Historia de la Espiritualidad*, Palabra, Madrid 2001; del mismo autor: *Ante Dios y ante el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, EUNSA, Pamplona 1997.

18. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 12.

19. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47.

mente el hombre es capaz de trabajar, solamente él puede llevarlo a cabo, llenando a la vez con el trabajo su existencia sobre la tierra. De este modo el trabajo lleva en sí un signo particular del hombre y de la humanidad, el signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas; este signo determina su característica interior y constituye en cierto sentido su misma naturaleza²⁰.

Los materialismos cerrados al espíritu a los que con audacia se opone el materialismo cristiano, lo que hacen es conculcar la propia naturaleza del trabajo, al reducir la dimensión humana sólo a sus condiciones materiales.

Al hablar de materialismo cristiano, san Josemaría se refiere a la capacidad que tiene el hombre de transformar las realidades concretas haciéndolas más humanas y convirtiéndolas en ocasión de encuentro con Cristo. Juan Pablo II en la *Laborem exercens* hablará en este mismo sentido. La relación del hombre con la materia es una relación transformadora, mediante la cual el hombre es capaz de dotar a la materia de sentido. «Haciéndose –mediante su trabajo– cada vez más dueño de la tierra y confirmando todavía –mediante el trabajo– su dominio sobre el mundo visible, el hombre en cada caso y en cada fase de este proceso se coloca en la línea del plan original del Creador, lo cual está necesaria e indisolublemente unido al hecho de que el hombre ha sido creado, varón y hembra, “a imagen de Dios”»²¹.

A diferencia de los materialismos cerrados al espíritu, que entienden la relación del hombre con el mundo como una relación dialéctica de realidades antagónicas que «alienan al hombre de su propio ser», el materialismo cristiano hace del trabajo la realidad por la que y en la que el hombre humaniza y se humaniza, dotando de espiritualidad a las realidades creadas. Mediante el trabajo el hombre puede llevar una existencia creadora y creativa. Esto tiene que ver con el hacer endecasílabos de la prosa diaria. «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria»²².

Se trata de buscar la dignidad del trabajo no en su dimensión objetiva (la técnica), sino en su dimensión subjetiva. Esto no significa que el

20. Cfr. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 2.

21. *Ibid.*, n. 4.

22. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

trabajo desde el punto de vista objetivo no necesite ser valorizado y cualificado, sino que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto. Por eso hay que decir que el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo. De hecho, en la finalidad del trabajo, de cualquier trabajo, realizado por el hombre –aunque fuera el trabajo más corriente, más monótono en la escala del modo común de valorar e incluso el que más margina– permanece siempre el hombre mismo²³. Para san Josemaría, es el trabajo mismo el que es Opus Dei, no sólo en sentido subjetivo, pues debemos trabajar siempre con intención de servir a Dios, sino en un sentido objetivo intrínseco, porque con él *participa* el hombre de la actividad creadora de Dios²⁴.

Una visión materialista, en cualquiera de sus vertientes: economicistas o marxistas, dota de prioridad a la dimensión objetiva del trabajo frente a la dimensión subjetiva. De este modo, el trabajo es siempre mercancía ajena al sujeto que lo produce. El hombre se reduce a ser un instrumento de producción²⁵ más o menos eficaz y cualificado²⁶.

En un planteamiento capitalista, el trabajo humano es solamente instrumento de producción y el capital es el fundamento, el factor eficiente y el fin de la producción²⁷. El trabajo viene a ser causa material, aquello de lo que o en lo que el capital produce algo, algo indeterminado de suyo.

Los materialismos cerrados al espíritu son, por lo tanto, todos aquellos sistemas que subordinan el hombre a todo lo que es material, en sus diversas modalidades históricas: se contraponen trabajo y capital como si se tratara de dos fuerzas anónimas, dos factores de producción colocados juntos en la misma perspectiva. Esto es así, en un materialismo economicista, en el que se considera el trabajo humano exclusivamente según su finalidad económica, o en un materialismo práctico, en el que lo material es la dimensión que asume el orden personal y espiritual, o en el materialismo dialéctico, en el que el hombre no es ante todo causa del trabajo y causa eficiente del proceso de producción, sino que es entendido y tratado como dependiendo de lo que es material, como una especie de *resultante* de las relaciones económicas y de producción predominantes de una determinada época²⁸.

Lo que Juan Pablo II recuerda es que el verdadero orden es el contrario. El trabajo es prioritario sobre el capital; el primero es la verdade-

23. Cfr. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 6.

24. Cfr. FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, cit., p. 143.

25. Cfr. PÍO XI, *Quadragesimo anno*, en AAS, 23 (1931), p. 221.

26. Cfr. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 7.

27. *Ibid.*, n. 8.

28. Cfr. *Ibid.*, n. 13.

ra causa eficiente, mientras que el capital, siendo el conjunto de los medios de producción, es sólo un instrumento o la causa instrumental²⁹.

Desde el punto de vista subjetivo, el trabajo tiene tres referentes:

— la propia dignidad humana como característica ontológica de la persona que trabaja, mejorada por la virtud de la laboriosidad;

— la familia como ámbito en el que la laboriosidad se aprende y como lugar en el que se aplican los frutos obtenidos del trabajo;

— la sociedad, que es la gran educadora del hombre, aunque de un modo indirecto, y también la gran encarnación histórica y social del trabajo de todas las generaciones; lo que hace que el hombre concilie su más profunda identidad humana con la pertenencia a la nación y entienda también su trabajo como incremento del bien común³⁰.

Este orden es el que se convierte en tarea, en meta. Se trata de devolver al trabajo su valor auténtico, restituyendo el valor auténtico del hombre. Reconocer la primacía de la persona sobre las cosas, la primacía del trabajo del hombre sobre el capital como conjunto de medios de producción³¹. Se trata de recordar que la vocación radical del hombre tiene que ver con el «dominar la tierra»³², no con la fatiga³³, que acompaña de modo universal al hacer humano.

Conclusión

Una vez visto el planteamiento de Juan Pablo II sobre el trabajo, adquieren mayor relevancia las palabras de san Josemaría. En este sentido se puede afirmar que el materialismo cristiano que propone san Josemaría presenta una propuesta audaz que se opone frontalmente a los materialismos cerrados al espíritu: por una parte, porque Dios se encuentra en las cosas, el cristiano necesita atenerse a lo más material y concreto³⁴. Esto significa hacer bien el trabajo, con competencia profesional, con perfección humana dentro de los límites de la propia capacidad y del propio oficio. Por otra, el hombre sabe que con su trabajo debe contribuir al bien de la sociedad en la que vive por lo que es preciso que haga el trabajo con espíritu de servicio, es más, el trabajo mismo debe ser ya un servicio a los demás. «¿Qué es la proyección social

29. Cfr. *Ibíd.*, n. 12.

30. Cfr. *Ibíd.*, n. 10.

31. Cfr. *Ibíd.*, n. 13.

32. Cfr. Gen 1, 28.

33. Cfr. Gen 3, 19.

34. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

sino darse a los demás con sentido de entrega y de servicio, contribuir eficazmente al bien de todos?»³⁵.

En tercer lugar, el hombre sabe que es ahí, en ese trabajo hecho con perfección y espíritu de servicio donde tiene su medio de alcanzar la santidad a la que está convocado por la misma realidad del bautismo. Es en ese momento cuando el trabajo se hace edificante en el interior del espíritu: no sólo «se hace oración», sino que es ya en sí mismo oración, en el sentido que se hace aspiración hacia Dios en el cristiano que vive su filiación divina³⁶. Esto es vivir santamente la vida ordinaria³⁷;

El texto de san Josemaría es claro: «Al recordar a los cristianos las palabras maravillosas del Génesis —que Dios creó al hombre para que trabajara—, nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea. Amamos ese trabajo humano que Él abrazó como condición de vida, cultivó y santificó. Vemos en el trabajo —en la noble fatiga creadora de los hombres— no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad»³⁸.

Por otro lado, para san Josemaría, la licitud del término *materialismo cristiano* radica en que el sentido auténtico de lo cristiano —que profesa la resurrección de toda carne— se enfrentó siempre, como es lógico, con la *desencarnación*, sin temor a ser juzgado de materialismo³⁹, porque en la esencia misma del ser cristiano está el integrar lo humano con lo sobrenatural en lo cotidiano.

En el fondo, la audacia de la propuesta de san Josemaría radica en que el materialismo cristiano es proyecto heroico de vida; santidad en la vida ordinaria, como algo asequible a todos, sin disminuir un ápice lo que la santidad implica, y sin alejarse un milímetro de las realidades concretas que ocupan al hombre de hoy.

«Querer alcanzar la santidad —a pesar de los errores y de las miserias personales, que durarán mientras vivamos— significa esforzarse, con la gracia de Dios, en vivir la caridad, plenitud de la ley y vínculo de la perfección. La caridad no es algo abstracto, quiere decir entrega real y total al

35. ÍD., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 89.

36. Cfr. FABRO, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, cit., p. 67.

37. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 116.

38. ÍD., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 10.

39. ÍD., Homilía «Amar al mundo apasionadamente», cit., n. 115.

servicio de Dios y de todos los hombres; de ese Dios, que nos habla en el silencio de la oración y en el rumor del mundo; de esos hombres, cuya existencia se entrecruza con la nuestra. Viviendo la caridad —el Amor— se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se pueden reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad...»⁴⁰

40. Íd., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cit., n. 62.